



Diódoro Carrasco Altamirano

De alianzas y coaliciones

El año electoral de 2010 será, como se preveía, muy intenso. Todas las fuerzas políticas están conscientes de este hecho y, por tanto, han asumido la importancia que tendrán estas elecciones locales en la configuración del mapa político nacional, sabedores que es una estación estratégica rumbo al 2012.

Es en este contexto que resurge la polémica en torno a la pertinencia de establecer alianzas y coaliciones electorales entre partidos que ideológica y políticamente han estado muy enfrentados, como sería el caso del PRD y el PAN.

A su vez, esta polémica se encuadra dentro de un debate teórico más amplio, el que se refiere a la posibilidad y conveniencia de coaliciones de gobierno en los regímenes presidenciales de América Latina, conveniencia negada por los parlamentaristas, pero que la realidad se ha encargado de justificar, realizándola, en la praxis de muchos países, como un recurso para ganar gobernabilidad.

Como se deduce de la experiencia histórica reciente, para que estas alianzas y coaliciones se lleven a cabo, es necesario en primer lugar que los partidos convocados anulen o limen sus extremos y se acerquen al centro. Si los partidos están muy distantes ideológicamente, como sería el caso mexicano, lo único que los puede unir electoralmente es la existencia de una situación extraordinaria de atasco autoritario

(el "adversario común") y la posibilidad de superarlo mediante la articulación de un frente amplio —con un candidato solvente alejado de los extremos— que enarbole un programa de transición democrática.

Es la situación extraordinaria de "atasco autoritario" lo que lleva a las dirigencias partidarias a múltiples organizaciones sociales

y a los ciudadanos sin partido a retraer sus particulares posiciones ideológicas y políticas en aras de construir una plataforma amplia que permita, a la ciudadanía de la entidad de que se trate, abrir las esclusas a la democracia y, una vez conquistado el terreno que a todos iguala, retomar ya sin obstáculos estructurales sus particulares valores e identidades.

Por supuesto, es más fácil decirlo que hacerlo. La construcción de alianzas implica la negociación con una multiplicidad de actores en la que no todos están conscientes de su peso relativo real, de ahí que sea necesario hacer esfuerzos extraordinarios para que, al final, todos queden más o menos conformes con la responsabilidad y la parte (hipotética) de los espacios políticos. Ello se complica más si lo que está en juego atañe no a una sola entidad, sino a varias, y entonces la negociación se complejiza exponencialmente.

Sabedores de estas dificultades, los gobiernos en cuestión emplean todos los recursos a su

alcance para debilitar el esfuerzo aliancista opositor y, en el mejor de los casos, frustrarlo. Su estrategia se centra en ridiculizar los intentos opositoristas, exacerbando las diferencias entre los posibles aliados, actualizando los agravios del pasado y esparciendo entre ellos los humores de la desconfianza, la sospecha, la malicia, la turbiedad; esto es, sus propios antivalores.

Todo lo anterior es política al uso, y tal vez no sería reprochable si no fuera porque, para todas estas maniobras, utilizan a discreción recursos públicos, fondos que en la mayoría de los casos el Congreso autoriza y la Federación traslada a las entidades para fines tan altos como el combate a la pobreza o a fortalecer la educación, y que muchos gobernadores utilizan sin escrúpulo alguno en su promoción personal o en el combate a sus adversarios políticos. Y precisamente esto es lo que se trata de derrotar: la corrupción, la no rendición de cuentas y los modos feudales de hacer política.

¿Por qué no estos partidos opositores, cada quien con sus propias demandas y banderas, salen a buscar el voto ciudadano para derrotar el supuesto atasco autoritario? Porque para que ello fuera viable tendría que existir un terreno político nivelado, democrático, y eso es precisamente lo que todavía hay que conquistar. Para eso, entre otras cosas, sirven las alianzas electorales. ■



Continúa en siguiente hoja

Fecha 14.01.2010	Sección Opinión	Página 13
---------------------	--------------------	--------------

**Lo único que
los puede
unir electoral-
mente es la
existencia de
una situación
extraordinaria
de atasco
autoritario (el
"adversario
común") y la
posibilidad
de superarlo
mediante la
articulación
de un frente
amplio -con
un candidato
solvente
alejado de los
extremos-
que enarbole
un programa
de transición
democrática**

